

vulgares, que hablan como tales, que dialogan como deben hacerlo y si la novelista no ofrece panoramas de perspectivas más atrayentes, no es suya la culpa, porque Luisa, Teresa, Anselmo y Bernardo no dan para más. Este verismo, que torna tan atrayente la obra, está expresado en una forma correcta, en donde la frase corta, la adjetivación adecuada, el relieve sobriamente destacado de lo fundamental, el golpe certero de la pincelada, el suspenso sabiamente graduado, la mezcla de amores, cálculos, pasiones desatadas y los nobles sentimientos, dan por resultado un todo vivo y de real jerarquía literaria.

Tal vez podría objetársele que los capítulos Luisa, Teresa, Anselmo, Bernardo, Pilar y Josefina, Miguel, Máximo, Celia y Pablo, estén excesivamente sintetizados, dejando tras sí zonas en penumbra, que si la escritora hubiese destacado, habría obtenido un resultado más positivo. No lo creemos.

Ya en la primera parte advertimos el transitar silencioso y entre bambalinas de todos esos personajes que ahora aparecen de cuerpo entero con todos sus defectos, porque en realidad carecen de virtudes. Lo definitivo en este asunto está en saber colocar los planos de tal manera que el lector insensiblemente sepa ver e intuir. En todos ellos está siempre presente la madre, porque es verdad que "los muertos mandan"; aunque la abominen, ella los dejó marcados a fuego y en el vértigo de sus vidas están dando testimonio de quien así los configuró.

Mercedes Valdivieso no pertenece a la categoría de novelistas que todo lo quieren decir, ni experimenta tampoco la comezón de escribir hasta que nada quede en el tintero. Se ahoga en tinta y con ellos sucumben sus personajes, que en esta frondosidad aparecen a veces desmesurados o cual pigmeos estáticos, que si se mueven no es por el auténtico impulso vital que se agita como expresión de vida, sino por la voluntad caprichosa de quien los lanzó al mundo.

Mercedes Valdivieso nos agrada precisamente por su equilibrio de composición, empresa nada fácil de llevar a acabo con éxito. El mismo Pablo, retoño tardío de las esperanzas es un acierto, que abre todo un mundo de posibilidades literarias.

Después de esta novela Mercedes Valdivieso ocupa un lugar destacado en la ya larga lista de escritoras, circunstancia que le impone a su vez una seria responsabilidad para el futuro.

F. D. D.

<https://doi.org/10.29393/At400-52HTJM10052>

La herida del tiempo, de CARLOS MORAND.
Ed. Luis Rivano, 1963.

Hay cuatro relatos en este libro. Dos de ellos podrían agruparse bajo características comunes, pero cada uno de los restantes tiene rasgos divergentes. Los primeros —(*La herida del tiempo* y *Los hombres de la arena*)— presentan episodios sucesivos en la obsesión de un europeo, herido por el

absurdo de la guerra, que viaja a América del Sur, para él el único continente posible. ("Nada de Africa, nada de Asia: los continentes del génesis y de la muerte... Nada de Australia, la tierra de las distancias... Nada de la organizada América del Norte"). En ambas narraciones, el europeo está inmovilizado, en un caso por la fiebre, en el otro por un accidente de aviación, y contrapone sus recuerdos de refinamiento urbano a la ajena vida de la selva y del desierto buscando en su soliloquio el posible sentido de su existencia.

El primero de esos cuentos ha sido quizás el más celebrado de este libro, aunque a nuestro juicio los dos padecen por igual los efectos de un excesivo esquematismo, sin negar por ello la habilidad con que unos pocos rasgos oportunamente reiterados crean un ambiente verosímil y definido. Lo que nos hace falta aquí es, ni más ni menos, la anécdota, el nudo argumental. Los acontecimientos narrados, además de escasísimos, se minimizan ante la permanente evocación y divagación del protagonista. Así, los relatos se reducen a la confrontación estática de dos mundos o, si se quiere, a la visión de uno de ellos desde una mente que vive en el amargo recuerdo del otro. Ya hemos dicho que la capacidad del autor para caracterizar esos mundos es indudable, aunque nos quede la sospecha de que las imágenes son superficiales, pero ello no basta para construir una narración. No deja de ser significativo el que el propio cuentista evoque en *Los hombres de la arena* su anterior relato y lo haga en doce o quince líneas, calificándolo apenas de "incidente curioso". Estamos seguros de que él le atribuye realmente mayor importancia, pero "los hechos" caben holgadamente en las quince líneas. Más breve aún sería la síntesis del segundo cuento.

En nuestra opinión, lo que perjudica a estos trabajos es la exagerada similitud de su esquema básico y esa especie de inmovilidad de su eje central, representado por la postura física del protagonista. Si tal desarrollo sólo se hubiese dado en uno de ellos, el lector guardaría mejor recuerdo.

Dicho lo anterior, deberíamos hacer una salvedad. Carlos Morand es uno de los escritores más destacados que hayan aparecido en las letras nacionales en este último tiempo. Al leer con deliberado espíritu de observación una obra cualquiera sucede al comentarista algo que es casi inevitable y que debiera teneise en cuenta para corregir el aparente alcance de su opinión: cuanto mayor es la calidad general de una creación literaria, tanto más resaltan en ella aquellos defectos que en una obra cualquiera hasta pudieran pasar por positivos valores. Carlos Morand no es un aficionado ni un principiante, aunque esté comenzando. La actitud con que enfrenta su tarea es la de un creador consciente y cuidadoso, que gradúa los matices y los efectos y tiene muy claros sus objetivos y los mecanismos que ha de emplear. Tal vez su característica más propia sea el uso de un lenguaje correctísimo y flexible, no especialmente rico, pero diestro y eficaz. Sin arrebatos líricos, sin complacencias en su propio sonido que detengan su paso, sin caídas ni altibajos, con ese instrumento capaz de expresar con claridad su claro pensamiento, Morand puede trabajar seguro.

Otro problema es el que su obra resulte siempre tan perfecta como él

lo desearía. De las cuatro narraciones contenidas en *La herida del tiempo*, ya hemos anotado las limitaciones que hallamos en las dos primeras. La tercera, *Hacia el fin del día*, peca también, aunque en modo diferente, de esquematismo. La contraposición se da aquí entre dos hermanos, siempre igual en las diversas edades de la vida, como un estribillo insistente y melancólico. Sin embargo, en esta obra de tono menor es tan deliberada la reiteración y se halla tan enriquecida por ligeros detalles que casi desaparece lo artificial del esquema. También hay aquí numerosos ejemplos de esa evocación sencilla y eficaz del ambiente. "Son los sonidos de la siesta. Es la hora en que se puede escuchar la propia sangre".

Pero, felizmente, el libro trae también un cuarto relato, *Diálogo con un hombre risueño*. Ante él toda objeción queda reducida a detalle insignificante. Repetir su argumento tiene menos sentido que recomendar entusiastamente su conocimiento directo. Todo el cuento es una hábil dosificación de elementos que avivan el interés y de aquellos que aparentemente desaniman la lectura, un juego sutil de mediocridades dirigidas por una inteligencia que goza, hiere y compadece. Desde una antesala un tanto desconcertante, en que el lector está a punto de atribuir al autor las limitaciones de sus personajes, Carlos Morand va construyendo, lenta y risueñamente, una humana derrota que recuerda algunas de las buenas páginas de la literatura rusa.

Con sinceridad y sin vacilación alguna, nos quedamos por sobre todos los demás con este último cuento en que hasta el epígrafe ha roto con la solemnidad que, quíerese o no, imponen a las demás narraciones los nombres de Romain Rolland, Eliot y Ungaretti.

No podemos pretender que el autor se encierre en un solo tipo de creación literaria. Por el contrario, en su caso es de desear que experimente y busque. Pero sólo nos atrevemos a sugerirle que no abandone la veta de su *Diálogo con un hombre risueño* y que reserve más bien un lugar reducido a trabajos como los dos primeros. Tal vez uno muy elaborado en la tonalidad de éstos, que responda a síntesis lentamente decantadas, podría alcanzar un valor duradero. Pero el campo que ofrece a Carlos Morand el último de sus cuentos nos parece mucho más rico y adecuado a sus grandes condiciones de escritor.

JAIME MARTÍNEZ WILLIAMS.

Los juegos del sol, de CECILIA CASANOVA.
Lírica Hispana. Venezuela, 1963

Todas las palabras tienen densidad poética. Es más, algunas de ellas, utilizadas por un buen poeta, llegan a ennoblecerse, mostrando su posibilidad expresiva, incluso más allá de su fuerza etimológica.

La poesía de Cecilia Casanova es un delicado ejemplo de este fenómeno. No busca términos consagrados por el uso lírico. Tampoco se detiene a construir metáforas, porque no le hacen falta para expresar con nitidez sus emociones y sus pensamientos.